

# Cartografía de una intromisión imprescindible. El proceso de ingreso de mujeres al campo cultural y literario chileno desde los años 60<sup>1</sup>

Cartography of an Essential Intermission. The Entry of Women into the Chilean Cultural and Literary Field since the Sixties

Romina Pistacchio Hernández  
Universidad de Chile  
romina.pistacchio@uchile.cl

**Enviado:** 3 mayo 2022 | **Aceptado:** 30 mayo 2023

## Resumen

Este artículo expone los elementos que constituyen las condiciones materiales, simbólicas y discursivas que permitieron el ingreso, desarrollo y consolidación del trabajo teórico/crítico hecho por un grupo de mujeres al campo intelectual y cultural chileno desde los años 60. Su objetivo es construir un mapa que explique la escena histórico-cultural que les permite localizarse, las condiciona y restringe, pero también exhibir las estrategias de posicionamiento que sus discursos construyen. Pretendo visibilizar la actividad de una generación que ha contribuido a diversificar y ampliar los enfoques y objetos de los estudios literarios y la crítica, tanto en Chile como globalmente.

**Palabras clave:** Discursos teóricos, estudios literarios chilenos, crítica en Chile, campo cultural chileno, escrituras de mujeres.

## Abstract

This article describes the material, symbolic and discursive grounds that allowed a group of young women to enter, develop and consolidate their position in the Chilean cultural and intellectual field in the sixties. The goal is to elaborate a cartography of the historical and cultural scene that allowed them to localize and legitimize their own critical/political voices, as well as build discursive strategies to dwell in a mainly patriarchal territory. Finally, it pretends to visibilize the theoretical and critical work of a generation that has made a strong contribution in literary analysis at a local and global scale.

**Keywords:** Critical discourse, Chilean literary studies, Chilean literary critique, cultural Chilean field, women's writing.

---

1 Este artículo forma parte del proyecto «Escrituras críticas de mujeres en Chile. Pizarro, Invernizzi, Valdés. Labrando el inhóspito territorio» Fondecyt-Iniciación 2023 n° 11230144, cuya I. R. es Romina Pistacchio Hernández. Queremos agradecer el intenso y productivo diálogo con el Grupo de Estudios *Indoctas*, del Departamento de Literatura de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, liderado por las profesoras dras. Bernarda Urrejola y Daniela Picón.

## Cartografía de una intromisión imprescindible

En el contexto actual en el que, tanto global como localmente, los activismos feministas nos convocan a contribuir con gestos de visibilización de la historia, las luchas y sustanciales aportes de las mujeres, nos parece indispensable destacar el trabajo de aquellas que han intervenido a través de su escritura crítica, principalmente literaria, a la apertura, heterogeneización y democratización de las prácticas culturales y de la producción y distribución del conocimiento literario en Chile.<sup>2</sup>

Este artículo se propone exhibir las condiciones materiales, simbólicas y discursivas que permitieron el ingreso, desarrollo y consolidación del trabajo teórico/crítico de una generación de mujeres que, desde los años sesenta hasta hoy, ha contribuido a diversificar y ampliar la disciplina de los estudios literarios y la crítica, y con ello, el campo cultural e intelectual chileno.<sup>3</sup> Se trata de la primera generación de mujeres que penetra de manera masiva a la institución universitaria (la academia) y que hoy, teniendo a su haber una producción crítica contundente, configura un colectivo que constituye un *cuerpo visible* formado por muchos cuerpos (Castillo). Una totalidad heterogénea (Cornejo 1982) que comparte intereses disciplinarios, el posicionarse con su autoría en la academia y en el campo crítico, y ser señaladas –como la gran mayoría de las mujeres públicas– como excepcionales y pioneras dada su diferencia sexo-genérica (Doll, «La crítica literaria de mujeres en Chile»). De este modo, el trabajo se enfoca en examinar críticamente algunos de los aspectos más relevantes de la escena histórico-cultural que facilita un evento extraordinario escenificado en un contexto de disputa hegemónica discursiva.

Para dar cuenta del proceso, el texto se organiza en torno al gesto de historiar la experiencia obliterada por el registro oficial. Procura develar cómo, en un contexto de quiebres y agudas transformaciones políticas, socioculturales y discursivas, un grupo heterogéneo de mujeres atravesó y desafió los muros de la «ciudad letrada» chilena patriarcal para alojarse en su territorio y, desde allí, elaborar trabajos críticos muy particulares.

Nuestro principal foco de estudio será el del análisis de «los campos» (Bourdieu, 2002), en este caso, del campo cultural en general y el de los estudios literarios y la crítica académica en particular.<sup>4</sup> Nos fijaremos en la descripción de estos espacios, de

2 «Hoy, cuando casi diariamente se publica un nuevo libro con firma de mujer, se vuelve urgente hacer la historia de esta pluralidad» (Arnés, Domínguez y Punte).

3 Este proyecto en su totalidad se articula a partir del estudio de casos y de este texto que, en particular, describe y explica el proceso, el escenario y define las categorías a partir de las cuales puede ser analizado el ingreso de un conjunto de autoras al campo cultural chileno, específicamente al de la crítica y los estudios literarios. Para su primera etapa, el trabajo contempla los casos de Soledad Bianchi, Raquel Olea y Kemy Oyarzún. En el segundo periodo de investigación, se examinan las trayectorias intelectuales de Lucía Invernizzi, Ana Pizarro y Adriana Valdés (ver Pistacchio).

4 Una de las más lúcidas lectoras y eficaz analista de «los campos», del porteño y de América Latina, es Beatriz Sarlo. En varios textos, pero excepcionalmente en *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920-1930*, exhibe rigurosamente el rol que posee este enfoque para explicar la formación de procesos de democratización y desarrollo cultural. Con ello fijó las bases de la reivindicación y resurgimiento de los estudios del «contexto» a contrapelo de los intentos radicales de deslegitimación del marxismo teórico en plena guerra fría y luego de la caída del muro de Berlín.

estos *sistemas de relaciones*, pues pensamos que el ingreso de las mujeres al territorio extra-domiciliar de la cultura está fuertemente determinado por esas formas de correspondencias, dependencias y reciprocidades.

Para narrar esas historias y, a la vez, develar cómo el contexto permite, obstaculiza y modifica las formas en que los sujetos conocemos, nos relacionamos o conseguimos o no pertenecer a los campos donde se dirimen las posiciones de poder, analizamos dos dispositivos claves en ese proceso de intromisión de las mujeres al campo intelectual y disciplinario de las humanidades y los estudios literarios: los *territorios de ingreso* y las *fórmulas de incorporación*, ambos fuertemente supeditados a la acción de los *catalizadores*:<sup>5</sup> el *habitus de clase* y los *agentes*. Pensamos que, a través de la descripción de la historia de la transformación de esos espacios, de sus condicionantes y de la configuración y administración de esas estrategias, podemos dar cuenta de una batalla discursiva que hoy tiene efectos epistémicos potencialmente revolucionarios. Es por ello que, para comprender nuestro presente, proyectarlo, pero también para iluminar sus derroteros, abrimos esta puerta al recuerdo.<sup>6</sup>

## Fantasmagoría de la inclusión / Un bullicio que es silencio

Entre 1986 y 1987 la socióloga Josefina Rossetti realizaba una investigación acerca de la educación de las mujeres en Chile. Su objetivo era dar cuenta de su situación en el contexto de la dictadura civil-militar, pero aún más, su preocupación se orientaba a exhibir lo que queda inscrito en el título del primer capítulo de su informe: «La igualdad aparente».

Después de un *largo silencio*,<sup>7</sup> paradójicamente provocado por la conquista del derecho a voto que, según Julieta Kirkwood, había adormilado y suspendido las contiendas «femeninas», a principios de los ochenta, comenzaron a re-emergir las

---

5 En esta investigación hemos detectado la función de los que hemos llamado «catalizadores». Estos son dispositivos que gatillan, empujan y permiten el ingreso a las «zonas de contacto» o territorios de ingreso, naturalizando, en cierto sentido, el acontecimiento mismo y asegurando, *a posteriori*, la permanencia en el campo.

6 En su libro *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, para suscribir su posición política respecto al boom de los discursos de la «memoria» hace ya 15 años, Sarlo citaba a Susan Sontag, que sentenciaba en *Ante el dolor de los demás* (2003): «Quizás se le asigna demasiado valor a la memoria y un valor insuficiente al pensamiento». Sarlo dirá que su texto está guiado por esa idea con la que cierra su primer capítulo: «es más importante entender que recordar, aunque para entender sea preciso [e indispensable, agregamos nosotras], también, recordar» (26)

7 En *Ser política en Chile* Julieta Kirkwood define el «largo silencio feminista» como el periodo que va entre la adquisición del derecho a sufragio hasta la rearticulación de los movimientos en la dictadura civil-militar en los ochenta. El largo silencio se habría configurado sobre una perversa sensación de igualdad producida por el hecho de la consecución de la participación ciudadana (derecho a voto) y que habría apaciguado la lucha por las demandas sectoriales de las mujeres. En los últimos años, sin embargo, esta idea ha estado expuesta a problematizaciones importantes que productivizan aún más sus fundamentos. Esa postura ha sido sostenida significativamente por las perspectivas que, sustentadas en estudios sociológicos, analizan a los feminismos como movimiento social (ver Fariña y Suárez).

voces y proliferar las articulaciones motivadas por la necesidad de la acción política antidictatorial y la reflexión intelectual que había despertado la experiencia viva de la ruptura democrática. Pero también –agregamos– como respuesta a la profusa cascada de nuevos estudios y aproximaciones teóricas a la cuestión de las mujeres que, desde fines de los años setenta, hacían ingreso a las academias del «sur».<sup>8</sup>

Así como Rossetti, el resto de las investigadoras y profesionales multidisciplinarias que conformaron el CEM –y cuyos trabajos también publica el libro del centro– son parte de una historia atravesada por esta cultura de la *apariencia*, cuya igualdad y dignidad *fantasmagóricas* describe con precisión y elocuencia Kirkwood en el concepto de la «liberación global».<sup>9</sup> Esta resultaría del efecto involuntario de invisibilización de las mujeres y sus reivindicaciones sectoriales producido durante el proceso de transformación política y económica de la sociedad chilena, incrustado en la tensión reforma/revolución, el imperio de las máximas desarrollistas y la fantasía dependentista de la superación de la condición periférica (Rojo, *La cultura moderna de América Latina* 227-258).

Siguiendo la lectura de Kirkwood, Rossetti, Holas, Díaz, Arteaga, Guzmán, Muni- zaga, Montecino y Valdés, habiendo sido testigos y sobrevivientes del golpe de estado y del autoritarismo impuesto por la gramática dictatorial, en los ochenta ya serían parte del proceso de desocultamiento del dispositivo de resignación de la *liberación global*, y que ahora, desvestido por las lógicas literales de represión del régimen, despejaba y exhibía el por qué había sido insuficiente el derecho a sufragio: no se trataba solo de ser ciudadanas, tampoco solo de *acceder* a la educación formal. Los trabajos publicados por CEM<sup>10</sup> se enmarcan precisamente en este proceso y en ese esfuerzo que pretende recuperar el tiempo suspendido en el silencio de una presunta ciudadanía, de una «igualdad aparente», de una «liberación» con cadenas invisibles.

El segundo capítulo de *La Educación de las mujeres en Chile Contemporáneo*, «Hitos en la educación de las mujeres», se inaugura con una declaración que es, para nosotras,

8 Coincidimos con Carolina Escobar-Lasarte que, en su tesis «Poéticas y políticas de-generativas en tres narradoras latinoamericanas contemporáneas», plantea que el influjo de los feminismos europeos y estadounidenses no se explicaría de ningún modo en la falta de prácticas feministas locales, sino más bien a procesos de hegemonía cultural, discursiva y económica. Para nuestro caso, el llamado de «la tercera ola feminista», como destaca Escobar-Lasarte, precisamente «comprende una relectura tanto del activismo como de la producción teórico-filosófica de los feminismos» (14). Estas consideraciones son muy interesantes y abren la puerta para problematizar la experiencia de la segunda ola feminista en clave (des)colonial. Un texto que ofrece una mirada importante a este respecto es el testimonial *Ritmo revisitado*, de Silvia Lamadrid.

9 Queremos registrar el hecho de que, programado o no, el resultado de esa «integración» a través del voto habría congelado las luchas por las demandas y reivindicaciones de las mujeres. Es por ahora imposible determinar el grado de planificación de un efecto como este, sin embargo, sabemos que los mecanismos de control de poder (Foucault, *El orden del discurso*) incluyen estos dispositivos de neutralización de las fuerzas contrahegemónicas.

10 El Centro de Estudios de la Mujer comienza su intervención investigativa y política en El Círculo de la Mujer en 1978. Desde allí hasta hoy ha venido realizando un imprescindible trabajo en cuestiones de equidad y se constituye como referente en la elaboración de políticas públicas de la institucionalidad chilena. Precisamente este centro publica el libro *Mundo de Mujer* que, en 1998, reúne el trabajo de varias investigadoras que exponen la situación de las mujeres en Chile en el contexto de la dictadura civil-militar en múltiples áreas de su experiencia: trabajo, salud y educación, entre otras.

una convicción: para dar cuenta de un fenómeno u objeto es necesario revisar, analizar, reconstruir y re-narrar su historia. Ahí mismo Rossetti admite que, sin embargo, hallar registros del pasado del quehacer de las mujeres en el sistema educativo no ha sido fácil, pues sus experiencias *no están escritas*: «Volverse a la historia no debiera por lo tanto tener por objetivo único rescatar del silencio a las mujeres injustamente enmudecidas (aunque es sin duda una de las metas), sino intentar comprender los mecanismos de silenciamiento de la creatividad femenina» (170). De este modo, así como en nuestra propia experiencia de investigación, en las conclusiones de Rossetti y en el testimonio personal (y a la vez) teórico de Julieta Kirkwood, nos encontramos con el muro de la ausencia de registro: «nunca se termina de comprobar comparativamente la magnitud del silencio y la invisibilidad de la mujer al interior de la historia de los oprimidos» (Kirkwood 81).

A pesar de que han pasado más de treinta años de esta denuncia y de la que reconoce también la investigación de Rossetti, aún no hallamos fácilmente la historia ni las historias, menos a la hora de querer dar cuenta de la contribución imprescindible al pensamiento de nuestras antecesoras (y maestras) críticas y estudiosas de la literatura.

## Territorios históricos / Zonas de contacto

En «La crítica literaria de mujeres en Chile: las precursoras y las contradicciones frente a la literatura nacional», Darcie Doll trama una importante lectura acerca del tránsito espacial de la escritura crítica (literaria) de las mujeres en Chile. Aprovechándose de la fecunda y práctica categoría de *espacio* que ofrece Michel De Certeau, que lo describe como «el cruzamiento de movilidades» (De Certeau 129), plantea que desde fines del siglo XIX y a principios del XX el primer territorio que se legitima, como «una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales» (129), es el salón. El *salón* tiene, según la autora, la característica de ser un espacio de transición entre lo privado y lo público, y constituirá un paso en el ingreso de las mujeres a la autoeducación y, por tanto, al campo cultural y la crítica literaria.

Si bien se destaca que los *salones* gozaban de cierta popularidad ya en las primeras décadas posteriores a la Independencia (Vicuña 2001), para Doll es entre 1870 y 1880 cuando se desarrollan y consolidan con mayor esplendor como:

Uno de los modos de paliar, en parte, las deficiencias de la educación formal y la prohibición de ingreso al espacio de los discursos, [se encuentra en] una forma de sociabilidad habitual en el siglo XIX [...] realizadas en el seno de los grupos ilustrados de la oligarquía criolla, en las que se comparten actividades asociadas al cultivo del intelecto (Doll, «La crítica literaria» 68).

A la luz de los atributos que configuran este *territorio de ingreso*, es evidente que el elemento catalizador de esa experiencia inaugural, está íntimamente vinculado al *habitus de clase*

(Bourdieu 2002).<sup>11</sup> No resulta sorprendente que el acceso a los viajes, a la circulación de libros, el manejo de distintos idiomas, en definitiva, este llamado «patrimonio cultural familiar», determinarán de modo radical el acceso de las mujeres al controlado territorio salonesco.

Por otra parte, este espacio liminal que describe Doll configura un territorio en el que confluyen cambio y conservación. El *salón* será un sitio en el que se mantiene el tutelaje del modo domiciliario (no hay exposición total), pero en el que también comienzan a discutirse las nuevas manifestaciones aristócratas-burguesas del feminismo liberal metropolitano.<sup>12</sup> Por otro lado, se transformará en un lugar de prácticas intermedias en las que se cruzan cultura «femenina», vida social, goce, pero también reflexión intelectual.<sup>13</sup> En este sentido, como señala la autora, este territorio generará una «tradicción propia» que facilitará la construcción de un canon compuesto de autores y obras europeas, y la práctica o hecho material mismo de reunión, que favorecerá la configuración de un nuevo colectivo social. Es importante añadir que estas actividades público-privadas de construcción de *redes*<sup>14</sup> se producirían en el contexto de una no-ciudadanía, elemento importante a la hora de ejercer con *libertad* el juicio, pues proporciona cierto relajamiento respecto a las opiniones vertidas y las posiciones asumidas. A pesar de permanecer en situación de total desventaja social y política, la no-ciudadanía habría permitido cierta laxitud en el hacer y el decir.

El anverso de esta relativa insubordinación discursiva en y sobre lo público será la subyugación *oculta* o implícita del discurso proferido por estas mujeres al *dictum* de la reproducción cultural oligárquica de los modelos metropolitanos y que, en el campo literario, se manifiesta en la selección y canonización de la producción cultural transatlántica. En este sentido, la intervención del discurso de las mujeres en el campo de la crítica literaria incipiente puede ser comprendida desde una perspectiva doble. En primera instancia como una transgresión en la medida en que sus elecciones estéticas

11 El *habitus de clase* –comprendido, en parte, como patrimonio cultural– será un catalizador irrenunciable, constante y eficaz en todos los acontecimientos de ingresos de (escrituras-textualidades de) mujeres al campo cultural (aunque no solo de ellas). En nuestra investigación se confirma como un gatillante y condición *sine qua non* de su incorporación, así como ingrediente decisivo en la construcción de la idea de «excepcionalidad» de esas mujeres. Cuando su acción no es del todo determinante, serán *los agentes* quienes ejecutarán la misma función.

12 La indagación histórica que realizan muchas investigadoras que estudian los inicios de los movimientos de mujeres en América Latina dan cuenta de la capital importancia de la «clase» y del que arriba indicamos «habitus de clase» en el ingreso de las ideas feministas al espacio social. Kirkwood, por ejemplo, da cuenta de que su historia en Chile está fuertemente vinculada a las élites, a las mujeres «damas» que, con «mesura», lo lideraron. Esta fórmula de la mesura es considerada una estrategia política que remeda el dilema tradicional entre revolución y reformismo que acecha a los movimientos sociales, pero también representa aquella ejercida tradicionalmente por la cultura/clase dominante que, exigiendo moderación al dominado, lo hace renunciar a su autenticidad o la de su lucha, de hacerlo renunciar a su impronta contracultural, a su ilegalidad, a su contra-lenguaje (91).

13 Claudia Montero explica que en muchas ocasiones estos espacios eran organizados y liderados por las *saloniers* que configuran la ur-forma de las editoras literarias posteriores y describen el tránsito «de ser consideradas señoras a intelectuales» (Montero, «Figuras femeninas» 39).

14 Según las investigaciones de Claudia Cabello-Hutt, estas interconexiones entre mujeres, especialmente, se irán codificando y consolidando en nuevas asociatividades que ella denomina «redes queer». Más adelante, a propósito de las nuevas formas de articulación y conexiones que trae consigo la primera modernidad latinoamericana, profundizaremos en los hallazgos de su trabajo.

e intelectuales corresponderían a las de las corrientes emergentes y pujantes del arte y el pensamiento europeos. Por otra parte, como un gesto de preservación del estatus colonial (colonizado), en tanto esas preferencias no traerían aparejadas necesariamente un posicionamiento crítico respecto a la (re)producción cultural, sino más bien una confirmación de los postulados hegemónicos del campo (patriarcal).

De este modo, el primer espacio al que acceden las mujeres en el campo cultural será este *salón*, al que se ingresa en el marco de la socialización tradicional de clase iniciando un proceso que las lleva, inicialmente, desde la lectoría (privada) a la escritura y al comentario público de textos. Legitimada por sus credenciales patrimoniales, la figura que destaca e inaugura este proceso es la de la «mujer excepcional».<sup>15</sup>

Para fines del siglo XIX, pero con certeza en las primeras décadas del XX, el espacio que acoge un nuevo ejercicio de localización de las mujeres es la *tertulia literaria*: «Hacia fines del siglo, los salones decaen para dar paso a otras instituciones, entre ellas las *tertulias literarias*, actividad que forma parte de la tendencia hacia la especialización literaria, como parte del proceso de autonomización del campo literario» (Doll, «La crítica literaria» 69). Las *tertulias literarias* como práctica y como territorio de posicionamiento público del discurso y la escritura literaria y crítica hecha por mujeres comienzan a instalarse en un momento en el que Chile y América Latina inician un tránsito hacia su segunda modernidad (Rojo, *La cultura moderna de América Latina*), periodo que se extiende hasta 1973, y en el que se producirá paulatinamente la ampliación y proliferación de los territorios de intercambio y transacción cultural. Es en los albores de este escenario de «turbulencia caótica» (9), en el que las demandas y reivindicaciones de las mujeres, ya propiamente feministas, así como la consolidación de diversos espacios de difusión (revistas) y reunión pública, que se fijará ya una posición de enunciación, un «hablar en voz alta».

Para Kirkwood, precisamente, entre 1915 y 1924 se define el instante en el que se formará lo que hoy es reconocido como el *Movimiento Feminista*,<sup>16</sup> que de modo casi orgánico y relativamente espontáneo,<sup>17</sup> al requerir y ejercer prácticas de aglutinamien-

---

15 La figura de la *mujer excepcional* se inaugura en este momento, sin embargo, se desplaza a través de la historia, incluso hasta nuestros días, acarreado consigo, aunque con distinto signo, los atributos de una presencia extraordinaria, cuya particularidad ronda la rareza, la rebeldía, la aguda racionalidad, la «a-normalidad», etc. Es importante notar que pocas veces esa excepcionalidad ha sido atribuida al trabajo. En lo que respecta a las figuras que destacan en distintos ámbitos relacionados con las escrituras públicas en este periodo del Salón del s. XIX, según indica la información que hemos recopilado, podemos señalar a: Mercedes Marín del Solar, Carmen Arriagada, Rosario Orrego, Lucrecia Undurraga, Maipina de la Barra, Martina Barros, Amelia Solar, Leonor Úrzua Cruzat, Celeste Lassabe, Carmela Jeria, entre otras.

16 Basándose en los estudios de E. Faletto, Kirkwood describe que, entrada la primera década del siglo XX, en el momento de la crisis del salitre (1914-1926), comenzaría el proceso de modernización del Estado chileno fuertemente aparejado al cambio de su tutelaje imperial (E.E.U.U.). Esta modernización alcanza a la institución educacional y permite el aumento de espacios en los que las mujeres, tanto obreras como oligarcas, comienzan a reunirse y articularse.

17 En el debate que abre la discusión sobre las *olas feministas*, queda al descubierto un interesantísimo análisis sobre las cualidades y el funcionamiento de los «movimientos sociales», y también, en el marco de este artículo, la actualísima controversia sobre el «silencio» feminista propuesto por J. Kirkwood. En este sentido, la espontaneidad y organicidad de la irrupción de los feminismos a principios del siglo XX, y sobre todo en los años 20, está relacionado con las fases

to, aceleró la organización de formaciones (Williams 1982),<sup>18</sup> redes (Cabello-Hutt) y comunidades de mujeres. En estos espacios se privilegió la actividad de coeducación y se ejercitaron diversas formas escriturales (incluidas las de creación, el comentario de variedades y el literario) que usaron y/o crearon nuevos medios de comunicación para ser difundidas<sup>19</sup> (Montero, «Figuras intelectuales» 50).

Esta progresiva institucionalización de la práctica crítica general –su especialización–, y la de las mujeres en particular, tiene su causa en el proceso inherente a los contextos de modernización, la «autonomización del campo literario» chileno propiamente tal (Bourdieu 2002). En la medida en que la movilidad social es propiciada por el momento inaugural del proceso de industrialización, las potentes migraciones internas, la urbanización, la secularización y liberalización de la vida, la alfabetización y el aumento en la cobertura de la educación pública, así como la ampliación del mercado y los bienes culturales, exigirán y, a la vez, promoverán el que la producción artística, la divulgación del libro y la creación y críticas literarias se democraticen, y su circulación ampliada permitirá una discusión más plural y contundente sobre ellas.

En el escenario de las repúblicas recientemente formadas y marcadas por su condición (post-neo) colonial, la embrionaria y acotada discusión crítico-literaria versará sobre el carácter (verdaderamente) nacional de sus nuevas obras, ciñendo los criterios de valoración estética al modelo europeo. Pero, sobre todo, en búsqueda de la autonomía política y de la construcción de la identidad nacional, el debate se centrará en las relaciones de dependencia u originalidad respecto de la producción metropolitana que poseía la hegemonía material (distribución) y simbólica (valor) del campo. En el caso de las mujeres que ejercitaron la crítica pública no es diferente.<sup>20</sup> El primigenio proceso de legitimación de su trabajo se ve atravesado también por

---

que describen los movimientos sociales, en general, y lo que Kirkwood identifica como la «no presencia» política, un momento del ciclo de reflujo y cambio de repertorio que vive la acción colectiva (ver Garrido-Rodríguez).

18 Utilizamos el término de Williams porque nos permite establecer los límites entre la organización institucionalizada y estos «frentes» o «colectivos» de mujeres. Las «formaciones» se constituyen como organizaciones de productores culturales distintas a las instituciones. Las formaciones primigenias de mujeres que se han estudiado no poseen una afiliación formal, pero sí de clase, y sus integrantes se manifiestan colectivamente en la esfera pública.

19 En su artículo «Figuras femeninas en el campo intelectual del Chile de la Modernización», Claudia Montero subraya el rol de los medios de comunicación como espacios fundamentales de ingreso al campo para las mujeres, y revisa en forma exhaustiva, la función primordial que cumplen las publicaciones masivas y, sobre todo, las revistas en la incorporación al espacio público y la formación de comunidades de mujeres.

20 En una sucinta pero elocuente revisión del repertorio de escrituras públicas hechas por mujeres, es imposible no notar el aumento exponencial de autorías. Entre escritoras y «comentaristas» o críticas se encuentran: Teresa Wilms Montt, Winétt de Rokha, María Monvel, Gabriela Mistral, Inés Echeverría (Iris), Elvira Santa Cruz (Roxane), Mariana Cox (Shade), Laura Jorquera (Aura), Sara Hübner (Magda Sudderman), María Luisa Fernández (Monna Lisa), Graciela Sotomayor de Concha (Pax), Julia Sáez (Araucana). Cfr. nota 15. Al examinar someramente el trabajo de aquellas que no se dedicaron a la creación literaria, nos damos cuenta que sus intervenciones críticas no corresponden a estudios académicos sobre textos ni monografías, incluso, un número reducido de ellas comentan textos literarios. Su trabajo más bien estaba enfocado en comentario misceláneo, social, de costumbres y crónicas. En algunos medios, consideradas referentes de la «nueva femineidad» emancipada, escriben desde la experiencia de las mujeres, críticas sociales u otros, pero textos siempre generalizados. Dentro de este escenario, sin embargo, destaca la figura de Julia Ramírez Jones, quien en 1923 habría obtenido su título de profesora de Estado con mención en Castellano, con su tesis «Los precursores de la novela en Chile», y dentro de los cuales habría destacado a Rosario Orrego.

el problema de la «originalidad» y la «autonomía», y por el ingreso al territorio de discusión –las *tertulias*– de esas nuevas obras nacionales.

Así, el ingreso de la «novedad» de las escrituras locales a esos nuevos espacios de (des)encuentro está ligado al naciente proceso de movilidad social y configuración de las capas medias nacionales. Esta incorporación de nuevas subjetividades de clase al campo cultural y literario y sus territorios permitirá la consagración del debate incrustado en las sociedades (post-neo) coloniales, y que se halla atado a la discusión de la dicotomía civilización/barbarie que recorre el discurso político y cultural de nuestras jóvenes repúblicas (y en muy distintas modulaciones, hasta hoy). En este sentido, tanto para Kemy Oyarzún (2000) como para Doll, el debate sobre la literariedad, el valor y la legitimidad de la creación local (regionalismo) versus la metropolitana (francesa o afrancesada) inclinará tanto a la producción literaria como a la crítica hecha por mujeres al costado de la admiración y defensa de los cosmopolitas.<sup>21</sup> Una vez localizada su voz, esta se institucionaliza y entra al campo en disputa. Sin embargo, como veremos más adelante, esta «elección» (voluntaria o no) no solo traerá consecuencias en la valoración que hace el campo de esa voz, sino también en las estrategias y subterfugios que ejercerán aquellas voces para acoplarse o no a sus fórmulas de inclusión y exclusión.

Caracterizados así, *el salón y la tertulia* se configuran como territorios primordialmente históricos, frutos de sus momentos, efectos de las disputas del poder simbólico y de las condiciones de posibilidad que se despliegan para configurarlos. Se tejen como áreas de conflicto en las que culturas, hablas y experiencias particulares se (des)encuentran y producen nuevas formas de mirarse. En este sentido, pensamos estos lugares desde lo que Mary Louise Pratt define en *Ojos imperiales* (2010) como «zonas de contacto»: «Espacios sociales donde culturas dispares se encuentran, chocan y se enfrentan, a menudo dentro de relaciones altamente asimétricas de dominación y subordinación, tales como el colonialismo, la esclavitud, o sus consecuencias» (31).

Las «zonas de contacto» incitan y convocan la legibilidad recíproca. Se constituyen como terrenos desde donde leer, ser leídos y enunciar(se), en los que consecuentemente se despliega un proceso de colisión y transacción ineludibles, es decir, activan y estimulan experiencias de transculturación<sup>22</sup> (Rama).

---

21 Un fenómeno importantísimo que surge de esta localización o «preferencia» será el que a través de la crítica padecen las mujeres que escriben en Chile. Considerada superior la producción metropolitana como aquella creación elaborada, sofisticada, sensible e íntima, y en sintonía con el estereotipo femenino construido a partir de ese tipo de atributos o virtudes, se tenderán a relacionar o equiparar las escrituras hechas por mujeres con el cosmopolitismo, con la «creación universal» y con el afrancesamiento a los varones que desarrollan esa estética. Las críticas mujeres, al reconocer esas cualidades de su estereotipo en esas producciones, las preferirán. Por oposición, las mujeres que escriben utilizando los códigos estéticos del regionalismo, o que se interesan por los temas, avatares, escenarios, paisajes de su propio habitar serán masculinizadas, y por disputar esa posición al escritor varón afrontarán juicios en extremo exigentes, injustos o irracionales, y se verán evaluadas en su vida personal más que por el producto de su práctica. Es el caso paradigmático de Marta Brunet (ver Doll, «Variaciones de la autonomía»; Oyarzún; y Traverso).

22 Si bien los pueblos subyugados no pueden controlar lo que la cultura dominante introduce en ellos, pueden, sin embargo, determinar (en grados diversos) lo que absorben para sí, cómo lo usan y qué significación le otorgan. La transculturación es un fenómeno de la zona de contacto (Pratt 2).

Luego de su «momento de formación» entre fines del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX, el *Movimiento Feminista* enfrentará su apogeo en los años treinta. Allí se inicia el proceso de articulación de organizaciones, colectivos y nuevas asociatividades trans-clases enfocadas en la autoformación y la educación del conjunto social en cada una de las reivindicaciones sectoriales.

En su *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Bernardo Subercaseaux plantea que uno de los elementos que marca significativamente este periodo de álgidas transformaciones sería la nueva relación entre política y cultura. Explica que la formulación de una identidad nacional aparejada al proceso de construcción de las repúblicas independientes habría estado en Chile en manos de la oligarquía, de la hegemonía de su discurso ilustrado y del accionar de un Estado centralista omnipresente. El vacío cultural causado por la supremacía político-económica de la élite, y la consiguiente negación y borramiento institucional de la interculturalidad habría provocado que, al momento de generarse olas de dinamismo, construcción y creación cultural, estas solo pudieran ocurrir a partir de una fuerte intervención del Estado, o mientras se configurara un núcleo autónomo de elaboración y articulación cultural, en este caso, el de la educación.

Es poco antes de la década del treinta, dentro del proyecto que comienza a enarbolar el Frente Popular chileno (Milos), cuando se rescata la figura del Estado benefactor ensayado ya en Europa desde fines del siglo XIX –Bismarck–, una de cuyas armas para lograr la sociedad de bienestar sería la centralidad de la acción de la educación formal y la promoción de la cultura.

Subercaseaux señala que el Estado chileno considerará en alta estima su democratización pues entiende que, en el contexto fundacional de un nuevo momento histórico, la cultura se convierte en un dispositivo fundamental de cohesión, regulación social, crecimiento y desarrollo. Por otro lado, agregamos, la fuerza inusitada que desplegaba el movimiento obrero, que por primera vez amenazaba seriamente el privilegio de la élite, obligó a los administradores del estado a replicar las fórmulas adoptadas antaño por la socialdemocracia europea atrincherada por la emancipación de las trabajadoras y trabajadores organizados. Así, el convulsionado escenario de la efervescencia popular y sus demandas se convierte en el gatillante primordial para la construcción de un indispensable pacto social que abre siquiera la puerta a la distribución y circulación de las culturas. A través de la edificación de instituciones apropiadas y consistentes, la estrategia de cobertura en educación se vuelve no solo un eslogan («gobernar es educar») de los gobiernos radicales empujados por el Frente, sino un pilar fundamental en la ejecución de políticas públicas que desarrollaron la «zona de contacto» característica del periodo en que las críticas literarias que estudiamos hacen ingreso al campo cultural: la Universidad.

En el subapartado «Universidades y organización de la cultura», Subercaseaux explica que en Chile, entre 1930 y 1973, se habría puesto en marcha un *sistema cultural* uno de cuyos pilares serían las hoy denominadas «universidades públicas tradicionales», en

especial la Universidad de Chile.<sup>23</sup> La universidad tendrá como objetivo abrir y ampliar la cultura, democratizando y modernizando el campo cultural al grado de lograr autonomizarlo (aunque por un periodo acotado) del tutelaje de la cultura oligárquica ilustrada y del monopolio del gusto por ella instalado incluso antes de la formación de la república.

La asociación Estado-universidad se transforma en una alianza virtuosa y estratégica tanto para la democratización de la cultura como para dar inicio al proceso de construcción hacia una democracia cultural que tendrá un funcionamiento pleno pero breve en la Unidad Popular.<sup>24</sup> La consolidación de la institución educacional estimuló y favoreció la modernización del campo, un proceso a partir del cual se hace circular y difunde masivamente la «alta cultura» (occidental, metropolitana, tradicional), a la vez que la creación y experiencias de las diversas tradiciones locales. Este encuentro y entrelazamiento permitirá abrir el paso así «a nuevas subjetividades e imaginarios, nuevos modos de habitar y ser» (Subercaseaux, «Política y Cultura» 131).

Así, la Universidad, una nueva, fértil y más democrática «zona de contacto», permitirá la profesionalización de saberes y prácticas, entre otros, en los campos de las humanidades y las artes; modernizará su investigación poniendo énfasis en la exploración, producción y difusión de las expresiones antes excluidas o lisa y llanamente ignoradas; promoverá la creación artística de diversos sectores de la sociedad a lo largo del país; fortalecerá editoriales, inaugurará otras, así como abrirá nuevos medios de comunicación masiva (radio, y televisión fundamentalmente) y robustecerá los ya existentes. En este sentido, se transformará en nodo de intercambio y, en ese espacio privilegiado de (des)encuentros que caracterizaba De Certeau: «una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales».

Según los datos que recoge e interpreta Rossetti en el estudio ya mencionado, se constata que, con el proceso inaugurado en los años treinta, la cantidad de mujeres que ingresa al sistema educacional secundario aumenta sostenidamente: «Estimamos, por otra parte, que convendría relacionar la mayor presencia de las mujeres en la enseñanza media a partir de 1955 con el proceso histórico que se inicia en la década del treinta caracterizado por: inicio de la industrialización, urbanización creciente del país, surgimiento de las clases medias, cambio de status político de las mujeres» (117).

Concluimos también de sus cifras que, mientras el número de mujeres que fueron ingresando a la Educación Secundaria de enseñanza científico-humanista y que, por tanto, era probable que preparara una carrera universitaria aumentaba exponencialmente, el de

---

23 La Universidad de Chile, en alianza con el Estado, se convierte, en la práctica, en un Ministerio de Cultura, obteniendo un financiamiento importantísimo para, por ejemplo, ejecutar políticas de extensión que incluían la educación interna de sus propios trabajadores y trabajadoras (Subercaseaux, «Política y Cultura» 120).

24 En el contexto de transformación nacional implementada hacia el modelo del estado de bienestar, se construirá también un plan cultural que surgirá, según Subercaseaux, de las motivaciones ideológicas de dos proyectos: el reformista y el revolucionario. Estos proyectos se materializan en dos sistemas, el de la democratización cultural y el de la democracia cultural. Durante el periodo que va desde 1930 a 1973 habría prevalecido el reformista, bajo el entendido de que el Estado, siempre en manos de la élite cultural, pretende distribuir (asistencialmente) su patrimonio y capital cultural (Subercaseaux, «Política y Cultura» 99).

hombres disminuía, y se mantenía superior y estable en el sistema técnico-profesional. Siguiendo esta tendencia, para 1955 el porcentaje de mujeres en la Educación Secundaria en preparación para la Superior era casi diez puntos mayor al de los varones.

Así, la cobertura de educación universitaria entre hombres y mujeres se mantiene persistentemente con una diferencia de uno o un punto y medio porcentuales a favor de los primeros y, como señala Rossetti, en 1950 se verifica un aumento para ambos géneros. En los siguientes veinte años siguen elevándose los porcentajes de ingreso, hasta que ya en 1975 encuentra su *peak*, consecuencia, según la autora, del fenómeno de arrastre de las políticas de educación estatales aplicadas por los dos gobiernos anteriores a la dictadura civil-militar. El gran proceso de cambio en la inserción de las mujeres a la Educación Superior se habría experimentado entre 1940 y 1955 (del 25,1 % al 39,4 % de la matrícula universitaria total), en el periodo inmediatamente anterior y posterior a la conquista del derecho a sufragio y en pleno desarrollo del proyecto de transformación cultural del Estado chileno.

Respecto al aumento del acceso de las mujeres a la Educación Superior, subrayamos con Rossetti dos elementos que habrían incidido en el aplazamiento de su ingreso al campo cultural vía universitaria. El primero, relacionado con el carácter orgánicamente elitista de la institución académica y, el otro, con que su incorporación hubiese sido permitida solo 35 años después de su fundación (Rossetti 120). Estas obstrucciones a la participación de las mujeres en el mundo público de la universidad están ligados al perseverante funcionamiento naturalizado de los roles tradicionales de género que, incluso dentro de ella y, a juzgar sobre todo por la selección de profesiones a estudiar, en la mayor parte de los casos, no hacía otra cosa que reproducirlos.<sup>25</sup>

De todos modos, y a pesar de estos números, para Subercaseaux el avance del proceso hacia la democracia cultural y su desarrollo pleno parece ir dejando al borde del camino dos actores cuyas existencias y reivindicaciones particulares no son consideradas prioridades para el proyecto emancipador: mujeres e indígenas. Esta denuncia, que esboza y no profundiza, se cuele y actualiza en el discurso que impregna sus propias crónicas y testimonios sobre el estado y el proceso de transformación del campo de los estudios literarios, la crítica literaria y la academia en los años sesenta, en el periodo post-revolución cubana (2010), pero, sobre todo, luego, en el contexto de la Unidad Popular (1983).<sup>26</sup> La ausencia de mujeres y de las y los indígenas en sus

25 Esta reflexión surge de los datos presentados en el estudio de Rossetti y que explican las preferencias de las mujeres por el estudio de profesiones que representan y proyectan la imagen y el rol del género atribuido a las mujeres biológicas por el patriarcado y la sociedad tradicional (Pedagogías, Enfermería, Trabajo Social). Es necesario también indicar que esta naturalización del rol proyectado hacia «la vocación» (entramado discursivo de naturalización) organiza la voluntad de selección de profesiones, y está íntimamente ligada a la oferta institucional y a la aprobación social de esas labores.

26 En el texto publicado en 1983 en CÉNECA, y bajo el alero de la IAF (*Transformaciones de la Crítica Literaria en Chile: 1960 -1982*), Subercaseaux distingue entre dos generaciones de investigadores que coexistieron en el Departamento de Castellano durante la década del sesenta y del breve periodo de los setenta antes del golpe civil-militar. Enumera a doce hombres participantes de la primera generación que se distancia del historicismo-impresionista y que experimentó el cambio epistémico hacia el estudio científico de la literatura, ninguna mujer. Para la siguiente

relatos públicos sobre los avatares de la disciplina es consistente y compatible con lo que señalaba Rossetti acerca de esa «incorporación ilusoria» de las mujeres al mundo público de la educación, y que explica Kirkwood en *Ser política en Chile*: la cuestión de «la inclusión aparente» y los efectos perversos de la «liberación global».

Como apuntábamos antes, el periodo de silencio<sup>27</sup> que Kirkwood distingue entre 1949 y 1980 es uno de fuerte contradicción, en el que es muy probable que nosotras mismas, en un ejercicio de reafirmación ilusorio, naturalizamos y reproducimos la desigualdad y el trato excluyente, pues nos pensamos parte de una ciudadanía y de una ciudad letrada que solo abrió un espacio al aprendizaje de un lenguaje que hubo que aprender y multiplicar. La crítica y el desafío a esa escena de lenguaje es el aporte que harán *a posteriori* las representantes del campo que se formarán en los sesenta, y cuyos proyectos se desarrollarán, al igual que el de Rossetti, en ese momento en el que Kirkwood ve un despertar, y que, en lo público, inserto en el campo intelectual, se consolidará en la asonada de la Crítica (literaria) Feminista como tal.

De este modo, hemos expuesto el tránsito de las mujeres por la serie de territorios disponibles para el ingreso al campo cultural. Esas «zonas de contacto» no son *ocupadas* o experimentadas sin convertirse en *funciones*, estrategias de pertenencia, o *formas de estar* (no de ser), de posicionarse, así como también en fórmulas de establecer alianzas para entrar/salir/actuar en el campo de poder. Sin embargo, queda claro que esas alianzas no son suficientes. Los dispositivos de control (Foucault, *Vigilar y Castigar*) actúan a través de la fantasmagoría dosificando esos espacios, y enarbolando discursos de libertad y promesas de igualdad aparentes para disfrazar la reproducción de los lugares/mandatos sociales tradicionales.

## Género / géneros. Estrategias y máscaras de intromisión

Buscando fuentes que, desde la Historia, desde el «relato oficial», ofrecieran cifras, biografías, trayectorias con datos verificables sobre esas agentes protagonistas de la vida

---

generación, a la cual pertenece el profesor, y que se identifica con la Reforma Universitaria y la UP, en un listado de catorce académic-s, dos son mujeres: Ramona Lagos y Lydia Neghme. Es interesante notar que, en entrevista concedida para esta investigación, Soledad Bianchi admite haber sido compañera del profesor, y que la cantidad de mujeres estudiando en el Pedagógico, en ese momento, era el doble que el de hombres. Pensamos que una posible respuesta a ese «olvido» o invisibilidad, muy probablemente no deliberados, se deba a lo que Kirkwood caracteriza como los efectos de la *liberación global*: todos éramos tan iguales que ni te veías.

27 Como adelantábamos, la problematización de la cuestión del *silencio feminista* propuesto por Kirkwood, hoy, más que nunca, intenta demostrar que el, o más bien, los movimientos feministas, no han cesado nunca su intervención en lo que entienden como un «proceso» de emancipación. Esta defensa la avalan los estudios que entienden al feminista como movimiento social, es decir, como uno que funciona en lógicas de flujo y reflujo. Por otra parte, también la relativa existencia de una «segunda ola feminista» en los sesenta en Chile puede explicar lo que parece una ausencia a la vista. Sin embargo, pensamos que no está de más proponer que es posible que Kirkwood estuviera pensando en dos elementos faltantes. Por un lado, la articulación y la acción política sectorial, opacada por la lucha emancipatoria del pueblo, y por otro, la falta de espacios institucionalizados-académicos en los que sostener la discusión teórico-libresca sobre el/los feminismo/s iniciada a principios del siglo xx.

–historia–, nos encontramos con un texto que dedica uno de sus volúmenes a hablar sobre (o por) las mujeres. En el capítulo «Hombria y Feminidad» de *Historia contemporánea de Chile IV*, Julio Pinto y Gabriel Salazar, al referirse al quehacer y la trayectoria de las mujeres que hicieron de su posición de género una bandera de lucha, lo hacían aludiendo, en más de una ocasión, a la vieja metáfora del marxismo teórico y militante: la del «viejo topo». Esta imagen describiría, según los historiadores, el comportamiento de ese movimiento «femenino» pertinaz, pero permanentemente ensombrecido. Su trabajo subterráneo e invisible, obliterado, persistente e inadvertido, un día cualquier asoma(ba) la cabeza desde el fondo y con ello amenazaba el andamiaje de la cadena patriarcal. Esta referencia a este «viejo topo», nos alerta. Se trata, una vez más, de la relación entre la acción y participación de las mujeres en lo público y las alusiones que refieren a su ausencia/presencia según, o a partir de, la falta y/o excesos de sonidos.

Como hemos visto, la analogía que establece Kirkwood en su trabajo entre esa ausencia de acción política directa de las mujeres desde los 50 hasta los 80 y el silencio es una marca fundamental que define el «estar» o la posición «del género» en la escena pública. Luego asoma la metáfora del topo, que alude al sigiloso pero efectivo trabajo del mamífero clandestino. Y así, en las textualidades que abordan y describen los avatares de la acción de las mujeres en su tránsito desde el mundo inaudible de lo domiciliario y lo privado, al mundo del callejeo y del escarnio público, esas intromisiones van siempre emparentadas a la ausencia o presencia de un sonido emitido o no por esa experiencia humana.

En la conferencia «Mujeres en la escena de la filosofía», dictada en la Universidad Diego Portales en 2017, la filósofa Cecilia Sánchez historiza esa participación o «ausencia aparente» de las mujeres en el campo intelectual. Plantea que una de las escenas fundacionales de la filosofía occidental se sostiene en el relato de la anécdota que exhibe la perdurable oposición entre la experiencia del pensamiento de hombre y mujer. Contemplando las estrellas Tales de Mileto cae en un pozo que evidentemente no advierte. La única testigo es una mujer que ríe al verlo. Según Platón, la sirvienta se burla del despistado que mira al cielo en vez de lo que tiene enfrente. Sánchez indica que la primera «lectura de género» de esta fábula fue producida por Hannah Arendt, que concluye que es esa imagen el origen de la masculinidad ligada a la observación, la reflexión y el pensamiento. La mujer, al reírse de los efectos de las ocupaciones de su amo, se separa, se autoexilia a través de la risa, se «condena a la exterioridad del pensamiento» (Sánchez 2).<sup>28</sup>

De nuevo, aquello que va definiendo el lugar y la acción de las mujeres en el espacio abierto de la «polis» parece ser la ausencia/presencia de un sonido humano, en este caso, de la risa.<sup>29</sup> En *La risa de la Medusa* (1995) Hélène Cixous exhorta la autoría de mujeres para definir, a partir de la mueca sonora, la que denominará «escritura

28 Página de la transcripción exclusiva de la Conferencia.

29 La risa identificada con un comportamiento «femenino» tiene su propia historia y sería importante rastrear sus genealogías e implicancias. Por el momento, queremos dejar consignado el uso de este «tópico», en uno de los cuentos más sugerentes a este respecto, el de Clarice Lispector «La mujer más pequeña del mundo».

femenina».<sup>30</sup> En este sentido, la posibilidad de acción se reduciría a una oposición binaria: o se trata de un exceso de sonido o de su ausencia: las mujeres no son, y si son, son risa, no pensamiento.

Como ya expusimos, la participación de las mujeres en el campo cultural en Chile habría comenzado instaurándose en «el entremedio», en ese lugar que era «fiesta», bulla y escándalo, en ese *salón* que permitía la posibilidad ambigua de su intervención. No será sino cuando ese espacio se convierte en la institucionalizada *tertulia*, en reuniones políticas o intervenciones en revistas, el momento en que el «murmullo» decimonónico se fija y se vuelve registro rastreable, para dar paso a una oficialización de las prácticas, a la vez que se consolida su inserción en el sistema de educación pública nacional.<sup>31</sup>

Así, según Darcie Doll («Variaciones de la autonomía»), la crítica literaria hecha por mujeres se articulará como un conjunto que, ejerciendo también el oficio autorial, inaugurará una práctica habitual alojada preferentemente en medios de comunicación masiva.<sup>32</sup> Doll plantea que este, sin embargo, está compuesto por dos grupos de «letradas», el de las aristócratas y el de aquellas favorecidas por los efectos de la educación nacional democratizada.<sup>33</sup>

Es importante subrayar que, así como para las mujeres de los *salones* y *tertulias* el ingreso al campo cultural estuvo condicionado a la pertenencia de una clase social, en esta escena histórica no será diferente. El «catalizador» del *habitus* juega un rol decisivo en el acceso a esa práctica escritural pública y, en particular, a la *zona de contacto universitaria*, así como en la permanencia en esos espacios y el posterior desarrollo sostenido de sus carreras. Por otra parte, la alternativa al *habitus* se materializa en la figura de lo que hemos llamado los *agentes*: modelos familiares, padres o madres, o

---

30 Como plantea Monique Wittig, en *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, parece problemático asociar la escritura hecha por mujeres a una «escritura femenina» que se construye como praxis en la oposición frente al «pensamiento» o la «no risa» de las prácticas escriturales de los varones. Pensamos ese posicionamiento como una estrategia política de inserción al campo, como una fórmula contextualizada que se ejecutó en un momento de la historia que lo exigía, pero, como ya podemos comprobar hoy, no sería conveniente definir el «ser» de esa escritura a partir de su denominación de género.

31 Es la época de la visita al país de Belén de Sárraga y del trabajo de las grandes lideresas del movimiento feminista: Labarca, Caffarena, Salas y, por supuesto, de la formación de los primeros partidos de acción femenina. Estos comienzan a configurarse justamente alrededor de la escritura o la discusión crítica, desde los clubes de lectura hasta los folletines de propaganda. Para una explicación exhaustiva revisar *Ser política en Chile*, de Julieta Kirkwood.

32 Es importante subrayar la diferencia de la crítica literaria de medios y la crítica académica. En Chile, esta última está vinculada, desde la segunda mitad del siglo xx, a la teoría literaria y la filosofía occidental europea y/o estadounidense. Según Grínor Rojo, «Incluso después de la segunda guerra mundial, y hasta el advenimiento del estructuralismo francés [...] el grueso del atractivo lo siguieron acaparando los estudios historiográficos [...]» (*Proposiciones*). Lo importante, en el caso de la práctica crítica de mujeres, es que cuando esta se publica, antes de fines de los setenta, se hará todavía principalmente en medios de comunicación masiva y como comentario de textos. De aquí se desprende que la entrada de las mujeres al espacio disciplinar de los estudios de la «ciencia de la literatura» está altamente flanqueada hasta casi fines del siglo xx.

33 En el primer caso nos referimos a Inés Echeverría –Iris–, Elvira Santa Cruz –Roxane– y Sara Hübner, entre otras. Para el segundo, a Marta Brunet, Gabriela Mistral, María Move!, etc. Hay que notar que si bien estas últimas son mujeres cuyo primer interés y práctica principal es la creación literaria, no la crítica, una vez legitimadas sus voces –con el uso de todas las estrategias y concesiones que ello implicó–, son consideradas para ejercitar también el comentario público de textos. Una problematización lúcida y testimonial de este ingreso «condicionado», se halla en las reflexiones de la propia Gabriela Mistral (ver *Por la humanidad futura*).

ambos, de preferencia profesoras y artistas, que funcionan como facilitadores de la conexión entre el espacio domiciliar-educación informal y el repertorio público del patrimonio cultural nacional y universal.<sup>34</sup>

De este modo, el ingreso vía escritura de las intervenciones de las mujeres en el plano de la crítica literaria no estará sino sujeta también a otras condiciones. El integrarse al campo de poder de la intelectualidad nacional exigirá construir un entramado de estrategias que permitan no solo la entrada, sino también la validación y permanencia reputadas. Como apunta Nelly Richard en su *Masculino/Femenino*, la entrada al campo cultural chileno estará sometida a una negociación que comporta pérdidas y concesiones: «Las formas mediante las cuales la cultura se habla con palabras e imágenes [...] encarnan y defienden intereses partidistamente ligados a ciertas representaciones hegemónicas que refuerzan lineamientos de poder, dominancia y autoridad» (Richard 11).

En esta escena, según Ana Traverso, las mujeres ejercitantes de las letras y la exégesis literaria pública se verán enfrentadas a dos modos de posicionamiento en su ingreso y validación en el campo cultural nacional. Primero, a la *reducción autobiográfica*, y, segundo, a la *masculinización*. Ambas fórmulas, sostenidas tanto por el «adentro» –por la construcción de su propia subjetividad– como por el «afuera» –por el campo que las construye, acepta y legítima–, delinearán sus formas de decir, sus relaciones con el «mundo del pensamiento», el lugar que sus discursos ocupan en el campo, e incluso con sus maneras de fabricar «una performance» de su propia experiencia vital. Así, la construcción de una *voz enunciativa* singular se verá intervenida por las posibilidades que confiere el campo y sus agentes (medios, críticos, editoriales, academia) y, como plantea Doll: «para el hombre, la identificación con el sujeto es inmediata y ya inscrita en el discurso, para la mujer aquella está obstaculizada y sólo puede alcanzarla a cambio de negar su propia especificidad sexuada» (71).

La *reducción autobiográfica*, vinculada al estereotipo patriarcal moderno del varón como «cultura», civilización y razón, y de la figura femenina entendida como «naturaleza», reduce sus prácticas y productos a la «imitación de la vida», por tanto, a la expresión de atributos supuestamente constitutivos de su género como el sentimentalismo, intimismo, etc. Para Kemy Oyarzún (2000) este fenómeno se entronca históricamente en el campo literario chileno en un escenario de enfrentamiento entre dos estéticas, la del criollismo localista versus el cosmopolitismo universalizante y afrancesado. La vinculación de la escritura de mujeres con su rótulo de género que,

34 Esbozamos la hipótesis de que, en Chile, en el proceso de profundización del proyecto de construcción de una «democracia cultural» (Subercaseaux, «Política y Cultura»), que habría implicado uno de democratización cultural -a través de las políticas de alfabetización, la cobertura de la educación pública, entre otras-, se habría constituido una generación de habitantes de clases bajas o medias que, siendo beneficiarios de ellas, habrían sido parte de otro proceso, uno de intercambio multicultural y ampliación de las prácticas y, probablemente, de las fronteras mismas del concepto de cultura y producción cultural. Nos atrevemos a esgrimir esta propuesta a partir de la necesidad que avizoramos de explicar los casos paradigmáticos de mujeres artistas e intelectuales cuyas trayectorias no estuvieron afectas al decisivo influjo del catalizador del habitus de clase, nos referimos, por ejemplo, a Gabriela Mistral y Violeta Parra.

según Traverso, no podrá «sino apenas formar parte de los capítulos destinados a la *literatura femenina*» (s. p.), también tendrá un significativo componente de clase. Las mujeres que practican esa *escritura femenina*, separada a un costado/costilla del corpus nacional oficial, habrían sido en su mayoría las herederas del *salón*, defensoras de la producción literaria extranjera. La *reducción autobiográfica* implicará no solo pertenecer al círculo «antipatriota» de los y las ociosas, afrancesadas y afectadas (Oyarzún 2000), sino también verse expuestas a un juicio que cruza y confunde vida y obra, y al confinamiento del uso exclusivo de ciertos géneros y funciones literarias vinculadas a la «expresión» de la propia subjetividad.<sup>35</sup>

La cara inversa de esa negociación puede materializarse en el gesto de quien cada vez más se vuelve un paradigma de las escrituras de mujeres en Chile: Marta Brunet. Según un conjunto importante de investigadoras chilenas (Alburquenque; Amaro, «“En un país de silencio”»; Carreño; Cisterna; Fuentealba; Oyarzún; Traverso; etc.), junto con Gabriela Mistral, Marta Brunet constituye un modelo escritural de intervención estética del canon chileno y, también, de intromisión política en el campo cultural nacional. Consumado su ingreso a él, a través de varias operaciones, la de *enmascamiento* será crucial a la hora de negociar y consolidar su entrada a un territorio que le exigía renovar una y otra vez las condiciones de su visado.<sup>36</sup> Como explica Amaro:

Escritores y críticos podían aceptar, pues, el ingreso de ese auténtico caballo de Troya que fue el relato brunetiano (disimuladamente excesivo y erótico), pero a fuerza de relativizar su producción, sobre todo, de recalcar su diferencia respecto de otras mujeres, su «excepcionalidad» que la acercaba de algún modo a ellos, por no tener una voz femenina *indudablemente* masculina («“En un país de silencio”» 2017)

Ese ejercicio supone, según Fuentealba, asumir la máscara del criollismo, apropiarse de su lenguaje, de sus usos, técnicas y formas, para poder escribir (fijar su letra) e instalarse. Esa «adopción» o apropiación de la lengua del padre será denominada y definida por Oyarzún, Doll y Traverso como la estrategia de *masculinización*, un dispositivo que, cual imposición proveniente desde el afuera, del campo cultural y sus agentes, funciona como mecanismo de control que, aduciendo la semejanza de esa escritura a los códigos aceptados y normas definidas, autoriza la entrada, «acepta» esa práctica, siempre y cuando borre su sexo biológico, su identidad de género y se haga parte del androcentrismo gramatical. En este sentido, la de la *masculinización* es eso,

---

35 Para realizar una reflexión actualizada y aguda sobre el debate de los «géneros del yo» y de las «autorías», revisar *La pose autobiográfica* de Lorena Amaro.

36 Entre otras varias reflexiones de interés, la de Amaro propone varias líneas de lectura de esa «intromisión» brunetiana al campo intelectual nacional. Es importante considerar que, como efecto de sus preferencias y prácticas estéticas no necesariamente vinculadas a un posicionamiento ideológico nacionalista, la autora fue ungida por Alone como «el criollismo personificado», así como si para borrar su condición sexo-genérica y justificar su inclusión había que convertirla en paradigma de la diferencia.

una táctica, maniobra que, como toda negociación política, compromete una merma. En este sentido, para ingresar a la escena oficial y formal había que dejar la risa, había que adoptar los atributos válidos de la virilidad, y el pensamiento, según Traverso: «[la] inteligencia, raciocinio, capacidad de orden, y estructuración, profesionalismo, interés por temáticas nacionales y universales, manejo social y público» (s. p).

Sin risa ni bullicios, bajo un silencio aún más rotundo, es donde se asentaba la posibilidad del ejercicio de aquellas que hubiesen querido hacer de la exégesis literaria pública un trabajo en sí mismo. Tanto es así que la práctica extendida, sistemática y profesionalizada del análisis y la crítica literaria académica hecha por mujeres<sup>37</sup> no habría tenido un espacio formal/oficial sino hasta los últimos años de la década del setenta, e incluso, puede debatirse, si se hubiera desarrollado con más fuerza un poco antes, fuera de las fronteras nacionales, en el exilio.<sup>38</sup>

Así, no parece arbitrario formular que el ingreso de mujeres al campo de las disciplinas humanistas, específicamente al de los estudios literarios y de la crítica académica, haya sido aplazado y altamente inhospitalario. Incluso, si bien el territorio de la producción artística literaria habría permitido su entrada, lo habría hecho marcando la diferencia a partir de criterios extraliterarios, como el de la *reducción autobiográfica* que afilia, como hemos dicho, la creación literaria al parentesco entre lo «femenino» y los géneros del yo. Para quienes habían podido sortear los obstáculos del androcentrismo, y alcanzado los exclusivos espacios dentro del canon oficial usando la máscara, la posibilidad se abría únicamente a través de la alocución «seria» y varonil cuya traza irónica –la de Brunet, magistral– solo puede percibirse hasta hoy (¿o actualmente?). Para la creación literaria se había construido un delimitado y controlado sitio, sin embargo, quedaba una praxis proscrita aún, la de la escritura producida por la reflexión «especializada», aquella vinculada al devaneo intelectual, al ocio, al «pensamiento».

A mediados de los sesenta, en el momento mismo del *silencio*, proceso de emancipación popular, reivindicaciones y radicales transformaciones sociales, pero ya sabemos, tablado fantasmagórico, ingresan un conjunto de futuras críticas literarias a la *zona de contacto* universitaria.

37 Se hace necesario aquí establecer los parámetros para definir aquello que hemos escogido como nuestro objeto de estudio: la escritura crítica de mujeres que se consagra al análisis de textos literarios y, en forma extendida, a la producción cultural chilena. Cuando señalamos la ausencia de estas escrituras en la escena pública nacional, lo hacemos a partir de los criterios y reglas fijados por el campo cultural nacional de esa época en particular, y que atribuye legitimidad y «existencia» a las intervenciones culturales que cumplen con condiciones normadas y específicas de legibilidad «masiva», en este caso, por ejemplo, la publicación editorial oficial. En este sentido, no estamos declarando la carencia de voces, de escrituras críticas de mujeres; no estamos decretando la falta de su intervención en la escena de la academia, estamos confirmando que esa «percepción» de ausencia aparece como tal en la medida en que esas voces no hacían ingreso definitivo a los circuitos establecidos de legibilidad y legitimación intelectual, por ejemplo, el circuito editorial o de la difusión pública tradicional. Especulamos que dos hechos podrían explicar esta exclusión: la reproducción de los roles de género en la academia: las mujeres se enfocaban en la docencia más que a investigar o escribir; y dos, la insistencia tácita o explícita de los mecanismos de control del poder del campo: existía menos oferta para la publicación de escritos hechos por mujeres.

38 Esta hipótesis no está aún completamente desarrollada, pero según el estudio de casos que estamos realizando, el exilio se habría convertido, de algún modo o de manera singular, un espacio de ingreso o «zona de contacto» para la práctica intelectual y la escritura pública hecha por mujeres.

Según la crónica de algunos testigos<sup>39</sup> de la época, en el convulsionado fin de década, el escenario de los avatares de los estudios literarios era agitado y burbujeante: se hallaba inmerso en la lógica de la gran lucha colectivista sintetizada en el espíritu de la Reforma Universitaria. En el territorio de las humanidades, mantenía álgida una polémica generacional que enfrentaba a lxs creyentes en el sistema de la intuición y la historiografía con la «generación de relevo», que exigía la primacía de la ciencia del lenguaje y su rigor.<sup>40</sup> Las transformaciones internas en la disciplina literaria, que exhibía la inevitable *transculturación* del debate epistémico que se imponía en las metrópolis del saber, cruzaban, por una parte, el disenso y resistencia de la tradición impresionista ante la irremediable consolidación del estatus de ciencia de los estudios literarios. Por otra parte, también, enganchada a alguna facción de los nuevos seguidores de Barthes, la facción latinoamericanista exigía y demandaba a los inmanentistas no olvidar que el texto se escribía fuera de los laboratorios de Husserl y su fenomenología.

En este terreno descrito por Rossetti como el de la «igualdad aparente», el discurso androcéntrico, el lenguaje hegemónico del padre, domina las lenguas de la mitad más uno de l-s estudiantes de la carrera. Según nuestras fuentes orales,<sup>41</sup> la cantidad de educandas, al menos en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, excedía la de varones, y aun así hoy pareciese que todas esas voces no hubiesen estado presentes. En un contexto como ese, apostamos al óptimo funcionamiento de la estrategia de la *masculinización*, la apropiación silente, a veces pasiva y otras resistente, de la lengua del padre. Advertirá Cecilia Sánchez que las lógicas del campo de la filosofía y de las humanidades procuran desarticular: «estilos proscritos por la lógica humanista del antropos asexuado que comparece como sujeto universal en las esferas del saber». Y un poco antes, considerando que en la disciplina «del pensamiento» por antonomasia este fenómeno ha sido más potente: «El punto para mí, es que la escena de la filosofía en Chile no deja de ser un lugar que expulsa a las mujeres, aunque se apelonan en la puerta de entrada, mientras no se discuta con el hombre universal de las humanidades, de la cultura universal».

Una vez perpetrado el golpe de estado civil-militar, las polémicas estudiantiles, intelectuales, y los debates, las bullas e incluso los silencios fueron arrancados de las aulas. Fueron dislocadas instituciones y comunidades. La unidad, aunque fantasmagórica y

---

39 (Subercaseaux, *Transformaciones*, «Historia "personal"»; Rojo, *Proposiciones*).

40 Desde una perspectiva más bien personal, Bernardo Subercaseaux caracteriza la época en dos textos bastantes separados en su escritura (*Transformaciones*, «Historia personal»). En ambos coincide en establecer que la pugna se libraba entre la generación de l-s profesor-s apegad-s a las biografías, anécdotas y a la exposición del juicio basado en la intuición y el «gusto», y l-s estudiantes quienes, al contrario, en sus nuevas lecturas aprendían sobre la «ciencia literaria». Por su parte, en «Seis anotaciones sobre historiografía latinoamericana», Grínor Rojo da cuenta no solo de la polémica y sus eslóganes, sino de las formas a través de las cuales tradición, novedad y culturas residuales se van imbricando en la configuración de una nueva orientación del campo de los estudios literarios.

41 Esta referencia a la que volvemos fue entregada por el propio Bernardo Subercaseaux, quien en una conversación informal aseguró que, mientras él se mantuvo estudiando en la Universidad de Chile, siguiendo la carrera de Arqueología, y paralelamente la Licenciatura en Filosofía con mención en Literatura, el porcentaje de estudiantes mujeres habría correspondido al 55%, mientras que el de varones al 45%. Confirmamos esta información con los datos de Rossetti y los que obtuvimos de la entrevista exclusiva a Soledad Bianchi. Cfr. nota 2.

homogeneizante, fue desgarrada literal y simbólicamente. Las voces de hombres, mujeres y diferencias, acalladas material o implícitamente, desterradas de (a) la ciudad letrada.

Para Julieta Kirkwood este fatídico episodio de nuestra historia, seguido de la dictadura civil-militar, habría mediado la acción de la «anomalía» de los restos resistentes. Iniciada la década del ochenta, las luchas del «viejo topo» comenzaban a asomar silenciosamente desde lo oculto para reorganizar el cuerpo colectivo y retomar las demandas pendientes.<sup>42</sup>

A través de este trabajo hemos intentado exponer la trayectoria histórica y describir la escena en la que un grupo heterogéneo de mujeres ingresa al campo de los estudios literarios y de la intelectualidad chilena. Nos ha interesado, en primer lugar, reafirmar el gesto mismo de historizar, de fijar las intromisiones obliteradas, de reconocer, «contar una posible historia». En próximos trabajos reuniremos nombres, episodios, huellas del tiempo que nos permitan organizar todas las regularidades, las interrupciones y particularidades del recorrido singular de cada una de estas trabajadoras de la cultura, así como también explorar las condiciones a partir de las cuales esa historia fue moldeada y sigue moldeándose hasta ser testigo del ingreso oficial y legítimo(ado) de sus redes de producción y re-producción. También hemos querido resaltar cuáles han sido las tácticas y fórmulas de negociación del/con el poder que han funcionado para que sus voces penetren al concierto de la (re) producción y difusión del pensamiento y la construcción de la cultura. En este sentido, identificamos dos dispositivos de infiltración. Primero, las que hemos llamado *zonas de contacto*, relacionadas con espacios de intromisión y desplazamiento desde lo privado a lo público, que cumplieron (y cumplen) una función primordial para la instalación y desarrollo de la voz y la escritura críticas. Y, en segundo lugar, *estrategias o máscaras* de intromisión, definidas como procedimientos, fórmulas a partir de las cuales las voces enunciativas activan su participación en un campo disciplinario-cultural-intelectual que establece como condición la lengua del padre y su gramática androcéntrica.

Finalmente, como hemos mostrado, esas *zonas* y *estrategias*, fuertemente condicionadas por los catalizadores del ingreso *-habitus* y *agentes-*, funcionan, se transforman y modelan en y con la historia. Las voces enunciativas de las mujeres se articulan en/con ellas en la medida en que los agentes movilizan el proceso histórico. Desde el bullicio de principios del siglo xx, en el que *salón* y *tertulia* fijaron las voces de la diferencia «femenina» y feminizada, pasando por la universidad uniformadora, asistimos al momento en que, a través del derecho a voto, se firmó una paz silente que duró poco más de treinta años.

Las mujeres cuyos proyectos y trabajos estudiaremos a partir de este andamiaje –a pesar de las «percepciones de ausencia»– son muchas<sup>43</sup> y son, precisamente, esas

42 En «Lectura de Mujeres», Soledad Bianchi sentencia: «recién en los años ochenta la mujer, escritora chilena trasciende su aislamiento individual» (126).

43 Este trabajo de análisis de casos, como hemos expuesto aquí, ha iniciado con el de Soledad Bianchi. Los trabajos sobre Raquel Olea y Kemy Oyarzún están en distintos momentos de avance. A este grupo se están iniciando los trabajos sobre Lucía Invernizzi, Ana Pizarro y Adriana Valdés, y esperamos seguir ampliando el número de experiencias que queremos investigar, comprendiendo que cada una configura un proceso singular de vivir, ensayar y producir esta «cartografía de la intromisión».

silenciadas estudiantes de los años sesenta y sus postrimerías que, con sus diversas y a veces muy divergentes circunstancias, fueron educadas en la fantasmagoría, en la *zona de contacto universitaria*, en la ciudad letrada humanista y patriarcal. Las mismas que experimentaron la *reducción autobiográfica* de sus escrituras, de sus prácticas y sus vidas, y el adiestramiento en la *masculinización*, y que, sin embargo, apropiándose y/o transgrediendo ese discurso, podemos confirmar, han construido proyectos teórico-literarios que articulan nuevas formas de leer, de interpretar las textualidades de su tiempo y producir un canon que incluye los sonoros silencios de su propia marginalidad, convirtiéndose en este proceso también en guías y dirigentas del movimiento de transformación actual. Lo que vendrá a continuación será el examen acerca de sus propios procesos de construcción de la voz.

## Referencias

- Amaro, Lorena. «“En un país de silencio”: Narrativa de Marta Brunet». *Obra Narrativa. Cuentos - Tomo II*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2017, pp. 17-82.
- . *La pose autobiográfica*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2018.
- Arnés, Laura, Nora Domínguez y M. José Punte. *Historia feminista de la literatura argentina*. EDUVIM, 2020, pp. 11-13.
- Alburquenque, Gabriela. *Hacia una poética del silencio*. Tesis. Catalonia, 2023.
- Bianchi, Soledad. «Lectura de Mujeres». *Ver desde la Mujer*. Ed. Olga Grau. Ediciones La Morada y Cuarto Propio, 1990, pp. 125-141.
- Bourdieu, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual*. Montessor Jungla Simbólica, 2002.
- Cabello-Hutt, Claudia. «Redes Queer. Escritoras, artistas y mecenas en la primera mitad del siglo xx». *Cuadernos de Literatura*, vol. XXI, n° 42, julio-diciembre, 2017, pp. 145-160.
- Carreño, Rubí. «Una escena crítica. Los estereotipos e ideologías de género en la recepción crítica de Marta Brunet y María Luisa Bombal». *Anales de Literatura Chilena*, año 3, n° 3, diciembre 2002, pp. 43-51.
- Castillo, Alejandra. *Asamblea de los cuerpos*. Sangría, 2020.
- Cisterna, Natalia. «La vigencia de Marta Brunet». *Anales de Literatura Chilena*, año 20, n° 32, diciembre 2019, pp. 233-240.
- Cixous, Hélène. *La risa de la medusa. Ensayos sobre escritura*. Anthropos, 1995.
- Cornejo Polar, Antonio. *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Venezuela, 1982.
- De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana, 2000.
- Doll, Darcie. «La crítica literaria de mujeres en Chile: las precursoras y las contradicciones frente a la literatura nacional». *Género y memoria de América Latina*. Eds. Gloria Hintze y María Antonia Zandael. Centro de Estudios Transandinos

- y Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, 2007, pp. 67-68.
- . «Variaciones de la autonomía en escritoras chilenas de finales del siglo XIX y comienzos del XX». *Redes, alianzas y afinidades: mujeres y escritura en América Latina: homenaje a Montserrat Ordóñez (1941- 2001)*. Comp. Carolina Alzate. Universidad de los Andes, 2014, pp. 71-84.
- Escobar-Lasarte, Carolina. *Poéticas y políticas de-generativas en tres narradoras latinoamericanas contemporáneas*. Tesis para optar al grado de doctora en Literatura Latinoamericana. Departamento de Español, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad de Concepción, 2016.
- Fariña, María Jesús y Beatriz Suárez. «La crítica literaria feminista, una apuesta por la modernidad». *Semiótica y modernidad: Actas del V Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica*. La Coruña, 3-5 de diciembre de 1992. Coords. José Ángel Fernández Roca, Carlos J. Gómez Blanco y José María Paz-Gago, vol. 1, 1994, pp. 321-332.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Siglo XXI, 2001.
- . *El orden del discurso*. Tusquets, 2004.
- Fuentealba, Paloma. «Poder y violencia(s) de género en tres cuentos de Marta Brunet: “Piedra callada”, “Encrucijada de ausencias” y “Raíz de sueño”». Tesina para optar al grado de licenciada en Lengua y Literatura Hispánica con mención en Literatura. Universidad de Chile, septiembre, 2020.
- Garrido-Rodríguez, Carmen. «Repensando las olas del feminismo. Una aproximación teórica a la metáfora de las olas». *Revistas de Investigaciones Feministas*, vol. 12, n° 2, 2021, pp. 483-492.
- Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile*. Cuarto Propio, 1990.
- Lamadrid, Silvia. *Ritmo revisitado. Representaciones de género en los sesenta*. LOM, 2014.
- Lispector, Clarice. «La mujer más pequeña del mundo». *Lazos de Familia*. Montesinos, 1988.
- Marx, Karl. *El Dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte*. Fundación Federico Engels, 2003.
- Milos, Pedro. *El Frente popular en Chile*. LOM, 2008.
- Mistral, Gabriela. *Por la humanidad futura*. La Pollera, 2016.
- Montero, Claudia. «Figuras femeninas en el campo intelectual del Chile de la Modernización». *Revista Palimpsesto*, vol. VIII, n° 11, Universidad de Santiago de Chile, 2017, pp. 38-54.
- . *Narrativas de la cohesión social en publicaciones periódicas del Cono Sur americano (1900-1940)*. Polifemo, 2019.
- Oyarzún, Kemy. «Género y canon: La escritura de Marta Brunet». *Revista Cyber Humanitas* n° 14, 2000. <https://cyberhumanitatis.uchile.cl/index.php/RCH/article/view/9115>
- Pinto, Julio y Gabriel Salazar. *Historia contemporánea de Chile IV*. LOM, 2002.

- Pistacchio, Romina. «Construcción del lugar de enunciación e intervención transformadora del campo de la crítica y de los estudios literarios en Chile. Soledad Bianchi: Mapear la heterogeneidad de las escrituras chilenas». (Artículo aceptado e inédito). *Revista Chilena de Literatura*, Santiago.
- Pratt, Mary Louise. Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación. Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Tamar Editor, 2004.
- Ramírez Jones, Julia. «Los precursores de la novela en Chile». Tesis. Universidad de Chile, 1923.
- Richard, Nelly. *Masculino/Femenino: Prácticas de la diferencia y cultura democrática*. Francisco Zegers Editor, 1993.
- Rojo, Grínor. *Proposiciones. Ensayos sobre teoría crítica*. 2020.
- . *La cultura moderna de América Latina. La segunda modernidad (1920-1973), vol. II*. Lom, 2023.
- Rossetti, Josefina. «La educación de las mujeres en Chile Contemporáneo». *Mundo de Mujer: continuidad y cambio*. Ediciones CEM, 1988, pp. 92-98.
- Sánchez, Cecilia. *Mujeres en la escena de la filosofía*. Universidad Diego Portales. Conferencia UDP, 2017. <https://institutedefilosofia.udp.cl/videos/conferencia-de-cecilia-sanchez-mujeres-en-la-escena-de-la-filosofia/>
- Sarlo Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo XXI, 2005.
- . *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920-1930*. Nueva Visión, 1988.
- Subercaseaux, Bernardo. *Transformaciones de la crítica literaria en Chile: 1960-1982*. CENECA, 1983.
- . «Política y cultura». *Historia de las ideas y de la cultura en Chile – tomo V*. Editorial Universitaria, 1997.
- . «Historia “personal” de la crítica literaria en Chile». *Revista Dossier*, n° 4, Universidad Diego Portales, 2006.
- Traverso, Ana. «Ser mujer y escribir en Chile». *Anales de la Literatura Chilena*, n° 20, 2014, pp. 67-90.
- Trouillot, Michel-Rolph. *Silencing the Past. Power and the Production of History*. Beacon Press, 1995.
- Vicuña, Manuel. *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de élite en el cambio de siglo*. Sudamericana, 2001.
- Williams, Raymond. *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*. Paidós, 1982.
- Wittig, Monique. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Egales, 2006.